

Zona de pasaje entre el adentro y el afuera de la ley en “Matar a un perro” de Samanta Schweblin y Oscura monótona sangre de Sergio Olguín

GIACHETTI, Bruno / Becario Doctoral UBACyT - brugiachetti@gmail.com

^a Palabras claves: legalidad – márgenes – Schweblin – Olguín

› Resumen

Diversas obras de la literatura argentina reciente proponen una incursión sobre los márgenes espaciales y simbólicos que segregan el adentro y el afuera de la ley; las fronteras socioculturales y políticas son puestas en discusión en virtud de relatos y figuraciones que bosquejan singulares marcos de reconocimiento e integración, planteando una redistribución de las funciones y las jerarquías, los lugares y las relaciones, los territorios y los cuerpos. Tomaremos en consideración el cuento “Matar a un perro” [2002], de Samanta Schweblin, y la novela *Oscura monótona sangre* (2010), de Sergio Olguín. A través de la particularidad de sus perspectivas, estas obras exploran ciertas áreas marginales de la ciudad de Buenos Aires en el contexto posterior a la crisis de 2001, allí se despliegan regímenes de percepción e inteligibilidad que iluminan las condiciones de extrema vulnerabilidad en las que los cuerpos quedan expuestos a una violencia marcada por la exacerbación de los procesos de segregación y exclusión social. En ambos casos se narran desplazamientos que van de las zonas residenciales y los centros urbanos hacia una región periférica donde rige una legalidad *no dicha*. La villa en *Oscura monótona sangre* y el área portuaria en “Matar a un perro” conforman no sólo espacios de riesgo para quienes no conocen sus códigos barriales, sino también un campo fértil para la explotación, la extracción y la comercialización de los cuerpos, los desechos y las sustancias ilegales. El mercado narco-prostituario se configura como el revés oculto de un sistema de exclusión/inclusión orientado a obtener mayor productividad, operatividad y rendimiento mediante la administración de los cuerpos. El análisis de estas configuraciones literarias habilita una reflexión teórica y crítica en torno a ese umbral móvil, arbitrario e inestable en función del cual la vida en cuanto tal adquiere relevancia social y política.

› **Presentación**

En este trabajo propongo un análisis de dos relatos literarios de la narrativa argentina reciente, el cuento de Samanta Schweblin “Matar a un perro” [2002] y la novela de Sergio Olguín *Oscura monótona sangre* (2010). A través de la particularidad de sus perspectivas, estas obras exploran ciertas regiones marginales de la ciudad de Buenos Aires en el contexto posterior a la crisis de 2001. Se despliegan allí regímenes de percepción e inteligibilidad que iluminan las condiciones de extrema vulnerabilidad en las que los cuerpos quedan expuestos a una violencia marcada por la exacerbación de los procesos de exclusión socioeconómica, cultural y política. En ambos casos se narran desplazamientos que van de las zonas residenciales y los centros urbanos hacia una región periférica donde rige una legalidad *no dicha*. La villa en *Oscura monótona sangre* y el área portuaria en “Matar a un perro” conforman no sólo espacios de riesgo para quienes no conocen sus códigos barriales, sino también un campo fértil para la explotación, la extracción y la comercialización de los cuerpos, los desechos y las sustancias ilegales. El mercado narco-prostituario se configura como el revés oculto de un sistema de exclusión inclusiva orientado a obtener mayor productividad, operatividad y rendimiento, mediante la administración de la vida y de la muerte. Tal como lo plantea Sayak Valencia (2010), el devenir gore del capitalismo pareciera difuminar las distinciones entre lo legal y lo ilegal, creando una amalgama entre la creatividad, el dinamismo, la capacidad de asumir riesgos y la utilización especializada de la violencia. Sobre este punto, las representaciones y figuraciones literarias que proponen “Matar a un perro” y *Oscura monótona sangre* habilitan una apertura de sentido, una reflexión crítica acerca de las formas, las manifestaciones y las expresiones de una violencia que, propagada a través de los discursos públicos y la espectacularización mediática, impone una dinámica propia para la gestión y el control de los mercados, los territorios y los cuerpos.

Como lo han señalado diversos pensadores contemporáneos (Esposito 2006, 2009; Butler 2006, 2010; Virilio 2010), la instalación del miedo conforma el núcleo operativo de una maquinaria de sujeción individual y colectiva que, a través de la sobreexposición permanente de imágenes y discursos estereotipados, crea los marcos sociales regulatorios en función de los cuales determinadas cuerpos y espacios amenazantes son arrojados más allá de los encuadres legales, quedando así a merced de la degradación mercantil. Es a partir de una exploración ética y estética que los relatos de Schweblin y Olguín problematizan esas fronteras espaciales y simbólicas mediante las cuales se segregan el adentro y el afuera de la ley, poniendo en cuestión precisamente el umbral móvil, arbitrario e inestable en torno al cual la vida adquiere relevancia social y política.

› **Ritos de frontera**

El protagonista del cuento de Schewebelin debe superar una “prueba fácil” que consiste en matar a un perro; a partir de este rito iniciático el advenedizo intenta incorporarse a una organización basada en el crimen de cuerpos vivientes. El dinero constituye el motivo de la incursión, ahora bien, para que el arte de matar sea redituable, se exige diligencia y eficacia, técnica y racionalidad. El Topo es quien custodia esa puerta de entrada y salida, aquel que pueda “matar a un perro a palazos en el puerto de Buenos Aires”, seguramente “será capaz de hacer algo peor” (Schewebelin, 2011: 25). La capacidad de dar muerte habilita el acceso a un grupo selecto y secreto, un afuera que es también un adentro, una inclusión exclusiva en función de la cual se delinearán un margen espacial y simbólico.

Se encuentran por la noche y se dirigen hacia una plaza para seleccionar a la víctima, en ese trayecto el Topo advierte una primera falla: “Usted no trae palo, dice. No, digo. Pero no va a matar a un perro a palazos si no tiene con qué” (2011: 25). A partir de la impericia del hombre, el examinador afirma su posición de poder: “hoy tiene una pala en el baúl, puede usarla. Y seguro que, bajo los anteojos, los ojos le brillan de placer” (2011: 25).

La condición inerte de la víctima define la modalidad del crimen. No habrá enfrentamiento pues se atacará sorpresivamente a un animal indefenso. La vulnerabilidad compartida de los cuerpos dificulta la elección de la víctima. Cada uno de esos perros callejeros que habita en la plaza se ofrece como víctima potencial.

Entonces, en primer lugar, se dirigen hacia un territorio marginal, apartado de los dispositivos urbanos de control y vigilancia. Guiado por las instrucciones del Topo, el hombre maneja algunas cuadras hasta una plaza en la que duermen varios perros. Son animales sin dueño, cuerpos vivientes sin inscripción social ni política. Esos perros, domesticados en el hábitat urbano, se hallan circunscriptos a él a través de una condición de bando, insignificantes para el mercado y el derecho, han sido abandonados a su propia suerte. El relato pone en escena el vacío jurídico sobre el que se erige la vida animal en el contexto de la cotidianidad urbana; nadie reclamará por un perro que no tiene dueño, la “facilidad” aparente del crimen radica precisamente allí, atacar sorpresivamente un cuerpo que no le pertenece a ningún hombre.

En una segunda instancia, se dirigen hacia la zona portuaria de Buenos Aires para ultimar a la víctima. Por el nombre de las calles (Caseros, Chacabuco, Brasil) se advierte que el destino será La Boca. En el tramo final las señalizaciones viales desaparecen y las construcciones son cada vez más bajas; ya en el puerto vacío “sólo se ven, a lo lejos, luces débiles y amarillas que iluminan un poco unos cuantos barcos” (2011: 28). La zona portuaria conforma un escenario propicio para la ejecución: “Si nadie se entera de que maté a un perro nadie se entera de nada” (ibíd.), sostiene con la pala en sus manos frente al perro agonizante mientras el Topo le indica que proceda. El hombre duda si hacer su descargo sobre la espalda del instructor o sobre el perro, la incertidumbre se extiende algunos instantes hasta que finalmente golpea la cabeza del animal.

Ese detenimiento final es lo que lo dejará fuera del negocio: “Usted dudó” (2011: 29), le dice el Topo antes de abandonar al hombre desconcertado en la plaza donde había atacado al animal. Al verlo un grupo de perros se incorpora y lo mira. Aquel que no pudo atravesar el umbral más allá de la legalidad queda allí arrojado a su propia suerte, entonces el cuento concluye instaurando el enigma sobre su destino: ¿serán ahora los perros quienes tomarán revancha sobre el hombre desarmado? ¿Queda el aprendiz de asesino desprovisto de la protección del Topo en un enclave de indeterminación, una zona gris, ni dentro ni fuera de la legalidad? El relato problematiza precisamente ese umbral móvil, arbitrario e inestable que segrega la vida socialmente reconocida de aquella que se halla despojada de atributos políticos. Se pronuncia para ello una difuminación de las distinciones entre lo humano y lo animal, a través de la cual se trastoca el orden convencional de los nombres, las relaciones y las funciones asignados a los cuerpos. En este contexto, la animalidad no remite a una alteridad ajena a lo humano, sino que se bosqueja un régimen de visibilidad en función del cual se focalizan rasgos que son comunes a las diversas formas de vivientes.

Ya en el seudónimo utilizado por el instructor, se propone una hibridación humano/animal que se despliega a lo largo del cuento. El Topo, que sale por la noche de su guarida secreta con sus anteojos negros prescindiendo del sentido de la vista cual animal subterráneo, maneja una racionalidad que pareciera mantenerlo apartado del mundo sensible. Personifica, en efecto, el animal racional por excelencia cuyo dominio del tiempo y el espacio le permite hacer de la capacidad de dar muerte una actividad redituable. Se ilumina así una región al margen de los dispositivos oficiales de control y vigilancia, en la que el Topo manipula a la perfección un sistema de reglas *no dichas*. La prueba consiste en saber interpretar ese borde externo de la ley exhibiendo rapidez, destreza y eficacia. Cualquier vacilación podría dejar al postulante fuera de juego, rebajado él mismo a la mera condición de animal desechable/consumible/eliminable.

El cuento cristaliza el revés mismo del estado de derecho, en el que la vida constituye el blanco en torno al cual se erige una estructura productiva basada en la optimización del rendimiento. Allí se tornan difusos los límites entre la norma y la excepción, pues lejos de una anulación normativa, en ese espacio todo aparece reglamentado. Es una normativización total de la vida en virtud de la cual el cuerpo humano/animal deviene cuerpo-mercancía, material consumible, intercambiable o desechable. Para su ejecución se exige, tal como el Topo lo pone de manifiesto, no sólo una racionalidad instrumental y una operatividad sumamente precisa, sino también, la ausencia de una consciencia capaz de interrogarse.

Es en este sentido que se condena al advenedizo. “Usted dudó”, dictamina el Topo inmutable, sentenciando una desaprobación irrevocable. Pues, en efecto, el requisito que garantiza la inmunidad de esa célula secreta es la capacidad de reducir al otro evitando cualquier eventual cuestionamiento. Toda

duda representa un escollo para el funcionamiento de esa maquinaria productiva orientada a hacer de la vulnerabilidad de los cuerpos un negocio.

En este punto es precisamente donde el relato opera de manera crítica, proponiendo un régimen de visibilidad que interrumpe la temporalidad instrumental para explorar de manera exhaustiva la vulnerabilidad del cuerpo agonizante. Se narra el fluir de la sangre, la respiración agitada, el movimiento del cuerpo abatido en el baúl, la mirada temblorosa del animal inerte. El perro aúlla, grita, ofrece una débil resistencia; y, antes de ser ultimado, observa atónito la presencia del victimario. Hay un cruce de miradas entre el hombre y el animal que vuelve inquietante la escena, ya que no se vislumbra un claro distanciamiento entre víctima y victimario, sino más bien una perturbadora cercanía. En esos cuerpos, heridos y expuestos al poder dominante del Topo, se observa una vulnerabilidad compartida, una fragilidad común que atraviesa la vida en la diversidad de sus formas.

› ***Nuevos márgenes y fronteras: la villa como enclave amenazante***

La novela *Oscura monótona sangre* de Sergio Olguín también va a proponer una particular matriz de percepción sobre diversos escenarios urbanos en los que la vida se desenvuelve en contextos de suma precariedad. Se trata, en este caso, de adolescentes que ofrecen servicios sexuales, cartoneros, jóvenes que roban pasacasetes y diversos integrantes de un vasto mercado narco-prostibulario que se desarrolla en las inmediaciones de la Villa 21, en el límite entre Pompeya y Parque de los Patricios. Olguín presenta la perspectiva de un empresario exitoso, Julio Andrada, quien pretende superar su propio temor a lo desconocido para incursionar en el espacio de la villa, una zona apartada y oculta, evitada por las clases medias y altas, e incluso por la policía.

La novela de Olguín despliega una singular cartografía de Buenos Aires. A través de diversos trayectos y recorridos, se echa luz sobre la compleja coyuntura social, cultural y política que compone la escena urbana post 2001. Todos los días para ir a su fábrica en Lanús, Julio Andrada sale de su departamento de Barrio Norte y toma por la Avenida Pueyrredón hasta que se transforma en la Avenida Jujuy y, más tarde, en Colonia, luego dobla a la derecha por la Avenida Amancio Alcorta hasta salir a la Avenida Sáenz, a pocos metros del Puente Alsina, por donde cruza hacia el Conurbano.

Andrada forma parte del selecto grupo de nuevos ricos que, en contraposición al proceso de precarización y empobrecimiento de las clases medias y bajas durante las últimas décadas del siglo XX, había conseguido un continuo y pujante ascenso socioeconómico.

A través de los viajes que el empresario realiza diariamente de la Capital a Lanús, se despliega un singular régimen de visibilidad sobre los territorios y los cuerpos, se esboza así un paisaje urbano que en pocos kilómetros aún Barrio Norte con la Villa 21, Puerto Madero con las zonas marginales del

Conurbano. En el trayecto de su casa a la fábrica, se presentan diversos escenarios en los que se destacan profundos contrastes, múltiples desplazamientos y continuas transformaciones.

En su deambular diario por las inmediaciones de la Villa 21 Julio Andrada se propone ver, incursionar, indagar ese escenario ajeno, pero además la elección del recorrido lo pone en contacto con un secreto íntimo y personal; su tío, quien lo había perdido todo tratando de evitar que su hijo fuera a la cárcel, había tenido que mudarse a una casilla de chapa y cartón en un asentamiento informal (2010: 23). Así, la villa se configura para el empresario como un territorio cercano amenazante, situado a pocos kilómetros de su barrio residencial, se inscribe allí una historia familiar que, en tanto atenta contra su figura de hombre exitoso, es mantenida cuidadosamente en las sombras, al punto tal que “ni siquiera su esposa o sus amigos sabían que tenía, o había tenido, un tío que vivía en una villa miseria” (2010: 24). De esta manera, la insistencia de Andrada en transitar solitariamente ese espacio marginal responde a una inquietud por explorar esa región de cruce y tensión entre lo familiar/conocido y lo oculto/extraño. Desde su automóvil de alta gama el peligro de la villa se intensifica, y es justamente en ese borde entre lo propio y lo ajeno donde se revitaliza no sólo su “miedo a perderlo todo” (Idíd.), sino también, su ímpetu de acumulación. Es un escenario que lo perturba y lo estimula a la vez, pues en virtud de la extrema vulnerabilidad de las vidas que habitan esos territorios, Andrada focaliza allí un objetivo preciso de intervención tendiente a fortalecer su ascenso socioeconómico.

› ***La optimización de los beneficios y los privilegios***

A pesar de la aparente impenetrabilidad de la villa, Andrada avanza sigilosamente en su incursión. Un mediodía que había salido temprano de la fábrica para realizar una visita al médico, se detiene a almorzar en una parrilla sobre la avenida Alcorta donde paraban los camioneros de la zona. Allí, se entera que varias jóvenes de la villa 21 salen por las noches a ofrecer sexo en el cruce de la avenida Iriarte. Una semana más tarde el empresario se dirige a esa zona del barrio de Pompeya, circula lentamente hasta que observa la figura de una adolescente en jeans y zapatillas que camina hacia él. Daiana, una joven de rasgos morenos, se sube al vehículo y lo conduce por Iriarte a un descampado de la villa donde se mantendrían fuera del alcance visual de los paseantes y los vecinos. Luego de tener sexo, el empresario quintuplica el dinero solicitado por Daiana y, aún así, la cifra le resulta insignificante. Luego se retira solo por la avenida Iriarte pensando que al día siguiente, cuando transitara por las inmediaciones de la villa para retomar su rutina semanal, sentiría que ese territorio “ya no le era tan ajeno” (2010: 39).

Algunos días más tarde Andrada decide aventurarse en una nueva salida nocturna en busca de Daiana. En la esquina de Alcorta e Iriarte no logra encontrarla, por lo cual se adentra hacia el descampado de la villa donde había estado algunos días atrás. Allí, en lugar de Daiana aparece Luli, una joven rubia, “de piel

cobriza” y “rostro aindiado” (2010: 44), quien se sube a su vehículo y lo conduce a través de un pasaje al lado de la zona sur de la villa. En un momento de distracción, Luli toma la billetera del empresario y sale súbitamente del vehículo, Andrada sorprendido recuerda que allí guardaba una foto de su hija y varios documentos personales con los datos de su casa y de la fábrica, entonces, preso por la desesperación de sentirse vulnerado, sale en busca de la joven para “recuperar su anonimato” (2010: 49). Luego de algunos metros logra alcanzarla, la toma violentamente por el cuello y en un intenso forcejeo le quita su billetera. Sin embargo, en ese momento varios vecinos salen a socorrer a la chica, entonces el empresario se refugia por los pasillos continuos y se pierde entre las casillas a medio construir y las pilas de basura.

El asentamiento informal se presenta como un espacio desbordados por restos y materiales en descomposición. En este contexto se desfiguran los rasgos convencionales de reconocimiento, los cuerpos y el paisaje circundante forman parte de un proceso de putrefacción que pareciera contaminarlo todo con un halo de anormalidad/desviación/enfermedad. Así la villa se configura como el espacio de una alteridad radical cuya mera cercanía conlleva un peligro de alteración, infección o contagio. El relato destaca la aproximación de varios habitantes de la villa que corporizan esa amenaza, uno lleva un tatuaje de Cristo sobre su torso desnudo, otro “morocho, un poco obeso, de pelo ralo” (2010: 50) entra en su casilla en busca de un arma para dispararle; más tarde se visualiza una “especie de procesión” de hombres empujando carros llenos de cartones, papeles, metales y vidrios (ibíd.). Ante el temor de ser alcanzado, Andrada prosigue su marcha perdiéndose por diversos pasajes al lado de la zona sur de la villa que lo conducen a las profundidades de un área de desperdicios. Allí consigue esconderse detrás de unas chapas durante un buen rato hasta que retoma su huida buscando alguna de las avenidas lindantes. A pesar de que el desencadenamiento de la tormenta de granizo le dificulta la visualización de una salida, llega finalmente hasta la esquina donde había dejado el automóvil. Sin embargo, al ingresar nota una presencia extraña, era un chico de unos trece años intentando extraer el pasacasete, quien atemorizado al verlo, lo ataca violentamente. Andrada atina a buscar el extintor debajo del asiento y le arroja un golpe en la cabeza: “Fue un solo golpe. Con toda su fuerza. Con todo su miedo. La fuerza y el miedo acumulados desde que se había bajado del auto. El miedo a no recuperar la foto de su hija, a que lo siguieran, a que lo atraparan” (2010: 53). En un primer momento, el empresario no advierte que el chico ya no respira. Se acerca al cuerpo abatido sobre el barro y le toma el pulso. Convulsionado por las represarías de quienes pudieran encontrarlo en esa situación, intenta huir, pero al transitar algunas cuadras se da cuenta de que no estaba el estéreo, por lo cual, decide regresar, tomar el artefacto que el joven había guardado en su pantalón y retomar su trayecto, dejando abandonado el cuerpo prácticamente desnudo del adolescente bajo la intensa lluvia.

El accionar del empresario, fácilmente rotulable como *legítima defensa*, no da lugar a implicancias legales ni tampoco llama la atención de la prensa. En efecto, temiendo las repercusiones que pudiera tener el asesinato, Andrada compra todos los diarios de Buenos Aires durante los días siguientes y no encuentra ninguna noticia al respecto. Finalmente, varios días más tarde una noticia breve del Diario Popular señala que habían encontrado el cuerpo de un adolescente de catorce años a metros de la avenida Iriarte: “Los vecinos de la villa se habían quejado por la violencia creciente causada por lo que el diario denominaba ‘la guerra del paco’ y daba a entender que la muerte del chico se debía a un ajuste de cuentas entre bandas rivales” (ibíd.). La eliminación de un joven de la villa que constituye una amenaza para la propiedad individual se presenta como el desenlace de una dinámica intrínsecamente violenta provocada por el grupo social al cual pertenece. Así la singularidad del acontecimiento cristaliza el vacío jurídico sobre el que se desenvuelve la vida en los márgenes urbanos. No hay relatos, duelos, ni obituarios que habiliten llorar esa muerte, ni menos aún, iniciar una querrela legal, pues se trata de una forma de vida que se ha vuelto irreconocible dentro del campo sociocultural y político.

La novela configura la matriz de percepción e inteligibilidad en función de la cual esos cuerpos que sobreviven en los territorios marginales de la ciudad han devenido nuda vida; formas vivientes que, en tanto se inscriben en el umbral externo de la ley, quedan fuera de los marcos convencionales de reconocimiento, volviéndose susceptibles de apropiación, eliminación o abandono.

En este sentido, la naturalidad con la cual el empresario planea apropiarse de Daiana deja entrever el *nomos* oculto de un sistema que usufructúa la precariedad de la vida en los márgenes para maximizar beneficios y privilegios. Esa forma de supervivencia, que ensaya la joven Daiana vinculándose al mundo narco-prostituario, la arroja sobre una zona de excepción que no se inscribe ni adentro ni afuera del orden instituido, sino en el umbral mismo donde la vida queda a merced de la degradación mercantil. El proyecto de Andrada, quien ofrece redimirla de toda necesidad material, manteniéndola en cautiverio en un departamento que alquila en el barrio de Caballito, diseña una operación transactiva a través de la cual el cuerpo adolescente es capturado como objeto de su voluntad y su fantasía. Un cuerpo que, a partir de ese desplazamiento fuera de la villa, pierde todo contacto con su grupo de pertenencia para ser recontextualizado dentro del soñado cúmulo de ganancias no declaradas en la carrera socioeconómica ascendente del empresario.

› **Configuración de una mirada bélica**

Ahora bien, el cautiverio de Daiana parecería otorgar además cierta tranquilidad frente a la presencia cada vez más perturbadora que los espacios y los territorios marginales representan en la vida del empresario; como si mediante la apropiación del cuerpo adolescente, su poder lograra imponerse sobre ese entorno

socio-cultural, que luego de los acontecimientos en la Villa 21, era concebido como una amenaza permanente.

La habitual presencia de los cartoneros en la cuadra de su edificio de Barrio Norte será el primer objetivo en la mira del empresario. Su propia hija le había manifestado algunas semanas atrás que se sentía intimidada por las miradas de varios jóvenes que circulaban en las inmediaciones del edificio, revolviendo los contenedores de basura al caer la tarde. El cartoneo, cuya visibilidad se había incrementado en los últimos tiempos ya que muchos hombres, mujeres, jóvenes y niños se congregaban diariamente en esa cuadra para emprender el regreso hacia la periferia, desataba el malestar y los comentarios de los vecinos: “Son una lacra [...] un peligro. [...] Habría que fotografiarlos y llevar las fotos a la comisaría para ver los antecedentes de cada uno” (2010, 83-84). Con el objetivo de erradicar cualquier contacto o circunstancia que pudiera poner en riesgo la integridad de su familia, Andrada se obsesiona por hallar una solución vecinal frente a aquella proximidad amenazante. El reclamo generalizado por robustecer los dispositivos de seguridad, control y vigilancia da cuenta del temor a que esa presencia extraña se propague de manera irreversible extendiendo el crimen, la miseria y la enfermedad sobre la zona residencial de una clase media acomodada.

De esta manera, el empresario parece sumido en una batalla preventiva dispuesta a erradicar con extrema determinación toda intromisión riesgosa que pudiera adulterar la investidura moral familiar y su figura triunfal en los negocios. En las últimas semanas el miedo a que la esfera profesional y privada se vea contaminada por fuerzas ajenas, envuelve la vida de Andrada, quien utiliza todos los medios a su alcance para sojuzgar, invisibilizar y silenciar a esos otros -ya sea cartoneros o integrantes del mercado narco-prostituario-, pretendiendo circunscribir su existencia en el borde externo de lo públicamente reconocido. Sin embargo, la presencia de esas alteridades lejos de apaciguarse, adquiere desde la perspectiva del empresario una notoriedad cada vez más amenazante. Se pronuncia, en este sentido, una mirada bélica a través de la cual los rasgos comunes de reconocimiento se van difuminando y los cuerpos comienzan a ser percibidos bajo formas espectrales, ni vivos ni muertos, sino como parte de una configuración fantasmagórica cuya irrealdad los vuelve inasibles. Esos rostros que circulan en el anochecer de Barrio Norte, se confunden en los recuerdos de Andrada con los habitantes de la Villa 21, el chico asesinado, los narcos que lo buscan para vengarse y recuperar a Daiana, los cartoneros que habían intimidado a su hija Florencia.

Abrumado por el temor omnipresente de ser atacado, una noche mientras discutía con un joven que revolvió unos cartones enfrente de su edificio, el empresario saca un arma y le dispara en el rostro. Así ante la mirada atónita de los vecinos, la sirena de la policía que se acerca y el cuerpo abatido sobre algunos paquetes de diarios que estaban en la vereda, Andrada permanece algunos minutos paralizado, intentando encontrar la manera adecuado de proseguir. “No podía dejar el cadáver ahí. Debía llevarlo a

otra parte. Subirlo al auto y tirarlo en la villa. ¿Qué vecino iba a denunciarlo? ¿Quién iba a animarse a atestiguar contra él? Había resuelto un problema de todos” (2010: 182). El convencimiento con el que el empresario ejecuta el crimen amparándose en el bienestar vecinal da cuenta de una matriz de percepción e inteligibilidad a través de la cual se dispone un ordenamiento normativo de los nombres y los cuerpos, las relaciones y las jerarquías, los territorios y los sentidos.

Desde esta perspectiva, el encierro, el sojuzgamiento y la eliminación de aquellas vidas que han sido previamente arrojadas más allá de los marcos convencionales de reconocimiento, son concebidos como medidas inevitables para garantizar la protección y el fortalecimiento del cuerpo social. En cada una de las certezas que guían al empresario, lanzado en esta suerte de guerra preventiva, resuenan las premisas de un paradigma securitario aclamado a partir del sentimiento de vulnerabilidad que irrumpe en un contexto de marginalidad y exclusión emergente. El temor a un ataque inminente constituye el factor determinante de una individualidad ensimismada que tiende a prescindir del espacio público para recluirse en la esfera privada. De esta manera, el escenario urbano es configurado como un campo de intervención a través del cual se pretende controlar, disciplinar y regular la vida de acuerdo a los patrones dominantes de interacción, acumulación e intercambio. Ante la profusión de cruces, migraciones y contactos, se refuerzan fronteras materiales y simbólicas en virtud de las cuales se protegen determinados cuerpos mientras otros son explotados, desechados o perseguidos, arrojando hacia los márgenes todo sobrante, exceso o forma de vida alternativa que pudiera resultar un escollo para la optimización del sistema.

› ***Consideraciones finales***

Las obras de Schweblin y Olgún indagan la extensión de la racionalidad y la metodología empresarial sobre la vida de los márgenes urbanos en el siglo XXI, en un contexto habilitado para la apropiación, la acumulación y el intercambio de los cuerpos. El poder sobre la vida y la muerte, el necropoder, dictamina en estos espacios de excepción su propia legalidad soberana a través de una lógica de medios y fines que impone el escarmiento a los más vulnerables. El rédito económico depende de la voluntad emprendedora, la capacidad de asumir riesgos y la utilización especializada de la violencia. Estos relatos exponen esa perspectiva empresarial que se proyecta sobre aquellas zonas en donde la vida ha quedado a merced de la degradación mercantil.

El avance voraz de la maquinaria neoliberal nos enfrenta en la actualidad a la necesidad acuciante de desarrollar una propuesta crítica que problematice los marcos dominantes de reconocimiento e integración. La precarización de la vida en los márgenes cristaliza una violencia que pretende exhibirse como natural, pero que, sin embargo, se halla subrepticamente instrumentalizada.

Bibliografía

Butler, J. (2006). *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires, Paidós.

_____. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. México, Paidós.

Esposito, R. (2006). *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires, Amorrortu.

_____. (2009). *Immunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires, Amorrortu.

Olguín, S. (2010). *Oscura monótona sangre*. Buenos Aires, Tusquets.

Schweblin, S. (2011 [2002]). Matar a un perro. En *El núcleo del disturbio*, pp. 23-29. Buenos Aires, Booket.

Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Barcelona, Melusina.

Virilio, P. (2010). *L'administration de la peur*. Paris, Les éditions Textuel.